

SOBRE LA -S DE LAS PRIMERAS PERSONAS DEL SINGULAR EN FRANCÉS

J. MILLÁN URDIALES
Universidad de Oviedo

Antes de ocuparnos del tema a que alude el título de este trabajo creo que es útil hacer una serie de consideraciones acerca de la -s final en distintas áreas de la Romania, observando su versatilidad, que a menudo resulta disimulada o enmascarada en la lengua escrita. Esta fricativa alveolar podía aparecer en latín en posición final de palabra, tanto en voces invariables como en las categorías nominal y verbal, donde podía desempeñar distintos valores morfemáticos. Su naturaleza fricativa iba a permitir a este sonido una singular capacidad de adaptación o de transformación al entrar en contacto con otros sonidos colindantes, de lo que nos ofrecen testimonio el portugués y el francés, por ejemplo. Su facilidad para contagiarse a voces que no tenían tal sonido en sus étimos parece bien ilustrada por la llamada «s adverbial», de la que el francés antiguo ofrece buenos ejemplos: palabras como *plus, mais, moins, puis*, etcétera, contagiaron su -s final a otros adverbios y así aparecieron *alques, dementres, smpres, volontiers*, etc., voces que no tenían -s en sus étimos respectivos.

Por otra parte, a esa misma versatilidad es achacable el fenómeno de la desaparición de este sonido en vastas áreas meridionales del español peninsular, donde es sustituido por una aspiración más o menos acusada; como es bien sabido, esta nueva situación ha transformado la fonología de las vocales finales en andaluz a fin de mantener la distinción de número.

La llamada «*liaison*» del francés moderno representa la curiosa existencia de este sonido en estado latente en las categorías nominal y verbal, en cuya reaparición se realiza, como en los demás casos de *liaison*, como [z].

Es bien sabido que una de las grandes diferencias que separan a la Romania Occidental de la Oriental es el importante papel que la -s desempeña en las lenguas iberorrománicas y galorrománicas, frente al italiano, a efectos de expresar el número; la expresión del texto: número se realiza en italiano mediante la oposición de distintas vocales (*ragazzo-ragazzi, donna-donne*, etc.), mientras que en aquéllas, español, catalán y portugués, la presencia de -s, frente a su ausencia, es capaz de indicar el plural; el que en portugués la grafía -s

pueda representar una realización palatal y no alveolar no invalida su valor como morfema de plural.

En francés las cosas fueron más complejas desde un principio; como es bien sabido, en el francés antiguo la *-s* se prestaba a la ambigüedad: por una parte era el resultado normal de la *-s* de los acusativos de plural latinos (*homines*>*homes*, *feminas*>*femes*), pero por otra, era el morfema característico del nominativo de singular de la inmensa mayoría de los nombres y de los adjetivos, que, a partir de la declinación del tipo *murus-i*, se había contagiado a otras voces; y así, por ejemplo, *murs*, *chevaliers*, *chiés*, *bons*, *vis*, etc. podían ser nominativo de singular o acusativo de plural: es decir, que la *-s* unas veces era morfema de caso y otras de número.

Esta llamada declinación bicasual funcionaba también con la ayuda de *-z* [ts], un sonido que era el resultado normal de la articulación de dos consonantes seguidas al desaparecer la vocal que las separaba en la forma latina etimológica: *infant(e)s*>*enfanz*, *grand(e)s*>*granz*, *fort(e)s*>*forz*, *pect(u)s*>*piz*, *iot(o)s*>*toz*, *ecce isti(o)s*>*cez*, etc. Este sonido africado era, además, abundantísimo en los resultados del participio pasado cuya terminación latina *-tus* se transformaba en *-z* [ts]: *mortus*>*morz*, *coopertus*>*coverz*, **alatus*>*alez*, *mutatus* > *mudez*, etc. También había voces en que la *-z* era resultado de la palatalización, como en el caso de *voiz* <*voce*, *voces*, o de *feiz* <*vice*, *vices*, y su realización fonética era también [ts]. En el transcurso del francés antiguo esta africada pasó a fricativa y en la inmensa mayoría de los casos su grafía fue sustituida por *-s*, que, estadísticamente, era mucho más frecuente.

Tampoco hay que olvidar el origen de la grafía *x*, que si empezó representando en los manuscritos la terminación *-us*, terminó por adquirir carta de naturaleza como signo de plural en una serie de voces que han llegado hasta el francés moderno: *travaux*, *feux*, *genoux*, *doux*, *ceux*, etc. En la lengua hablada, como es bien sabido, los tres signos *-s*, *-x*, *-z*, se pronuncian [z] y sólo aparecen en la llamada *liaison*.

Si en la categoría nominal, según acabamos de ver, el papel de la *-s* resultaba ambiguo en el francés antiguo, esta ambigüedad es aún mayor en el francés moderno, donde la forma fonética de la inmensa mayoría de los nombres y de los adjetivos es la misma en singular y en plural, a causa de la pérdida de la [s] final que sólo en ciertas formas de *liaison* es capaz de reaparecer. Ciertamente es que la distinción de número se realiza en gran medida gracias al auxilio de esas palabras que las gramáticas llaman determinativos (artículos, demostrativos, etc.).

Si observamos ahora lo que ocurre en esas mismas lenguas románicas en la categoría verbal, y las comparamos con el francés, notaremos que, aunque no en la misma medida, también el francés ofrece peculiaridades. En latín, con la excepción del perfecto y del imperativo, la 2.^a persona del singular acababa en todos los tiempos de todos los verbos en *-s*; esta situación ha sido heredada por las tres lenguas iberorrománicas, en las cuales la grafía *s* sigue siendo, como en latín, la representación morfemática de la 2.^a persona del singular, y aunque en portugués represente un sonido palatal y no alveolar. Está tan vivo en español el valor de este morfema que en el habla popular y aún coloquial de vastas zonas peninsulares las formas del Indefinido, que etimológicamente carecen de *-s*, la adoptan por analogía con todos los demás tiempos: así se oyen *dijistes*, *vinistes*, *cantastes*, *comistes*, *fuiestes*, *estuvistes*, *salistes*, etc. En francés hay que separar, como siempre, el código escrito del código oral; en el escrito la situación es semejante a la de las lenguas iberorrománicas, es decir, que la 2.^a persona del singular acaba en *-s* siempre, incluso en el *Passé*

Simple (donde no es etimológica): *chantes, chantais, chantas, chanteras, chanterais, chantasses, finis, finissais, rendis, reçus, sortes, viendras*, etc. En la lengua hablada sólo cuando hay una situación de *liaison* se realiza el morfema y se oye en tal caso como [z]: [tyetezale].

La versatilidad de la *-s* es tan antigua, e inherente sin duda a su naturaleza fricativa, que en el propio latín conoció prolongados eclipses en determinadas circunstancias fonéticas, como ya señalaron en su día W. von Wartburg y otros estudiosos ¹.

Tras estas consideraciones acerca de la *-s* final de palabra llegamos al objetivo que pretendemos observar: la existencia de una *-s* en numerosísimas primeras personas del singular de la conjugación francesa, *-s* que no puede menos de resultar absurda al ojo del hablante iberorrománico, y que debería resultar todavía más chocante al oído si no fuera porque en francés, la pérdida de las consonantes finales en general, hace que el oído se haya acostumbrado, por una parte, a la frecuente identidad fonética de las tres personas del singular, y por otra, a que sea la presencia del pronombre sujeto quien indique la distinción. Así se explica que no choque al oído el empleo de formas de *liaison* como [ʒðvɛzale], [vazi] aun que en ningún momento se diga [ʒðvɛç], [tyvas].

El atribuir a la analogía el contagio de una *-s* a la 1.^a persona del singular de muchos tiempos verbales es idea que comparten todos los historiadores de la lengua francesa. Lo que ya resulta más difícil es concretar o matizar las épocas en que unos y otros tiempos verbales adquirieron dicha *-s*. Parece que en el propio francés antiguo hay ya ejemplos de formas de 1.^a persona de singular terminadas en *-s* no etimológica, pero no debieron ser numerosas; en el s. XVI hay numerosos testimonios de gramáticos que se pronuncian sobre el caso pero sus opiniones son a menudo contradictorias. Por otra parte, como es típico de los fenómenos de analogía, la presencia de una determinada forma verbal de 1.^a persona acabada en *-s* analógica no quiere decir que todos los verbos —o incluso que otros verbos— llevaran dicha *-s* en dicho tiempo verbal; por ejemplo, parece que la forma *serois* como 1.^a persona del singular del condicional es muy temprana, pero ello no implica que todos los condicionales la llevaran.

Veamos ahora las opiniones de distintos historiadores de la lengua francesa. Nyrop, al tratar de la evolución de las desinencias personales, recoge el hecho en los cuatro tiempos verbales (presente e imperfecto de Indicativo, condicional y pretérito indefinido) y lo llama justamente «un développement analogique très curieux (*croi*>*crois*, *senti*>*sentis*, *chantoie*>*chantois*, *chanteroie*>*chanterois*), qui finit par attribuer à *s* le rôle caractéristique de la première personne» ². Nuevamente alude a la influencia de la analogía al describir el presente de Indicativo ³ y ofrece testimonios de varios gramáticos renacentistas (Sibilet, Vaugelas, Ménage), con sus peculiares y enrevesadas distinciones, especialmente gráficas. Al tratar del imperfecto de Indicativo, dice: «Au XVI^e siècle, on trouve à côté de *-oie* et *-oi* la nouvelle forme analogique *-ois*» ⁴, y añade la observación de Ronsard que autoriza a utilizar la segunda persona en lugar de la primera —dice literalmente— cuando la palabra acaba en vocal o en un diptongo y cuando la siguiente empieza por vocal «... afin d'éviter un mauvais son qui te pourrais offenser, comme *j'allois* à Tours pour dire *j'alloy* à Tours...» ⁵,

¹ VON WARTBURG, W. *La Fragmentación lingüística de la Romania*, p. 34 y sgtes., Gredos, Madrid, 1952

² NYROP, Kr. *Grammaire historique de la langue française*, T. II, p. 34, 5.^a ed., Copenhague, 1968.

³ *Ibid.* pp. 93-94.

⁴ *Ibid.* p. 126.

lo que parece significar la recomendación de una *liaison* a fin de evitar un hiato. Hablando del indefinido dice Nyrop: «Le changement purement graphique de *dormi* en *dormis* ne s'accomplit qu'après la Renaissance. Wau commencement du XVI^e siècle on écrit: *je senti, je dormi, je parti*, tout comme *je fu, je deu*, etc.; on trouve même *je mi* et *je promi*, qui par une réaction en sens inverse ont perdu leur *s* étymologique»⁶. También, al tratar del Imperativo, menciona el contagio de la *-s* a partir de la 2.^a persona del singular del presente y alude al hecho de la irregularidad con que aparecen tales formas en *-s* a fines del s. XIV⁷.

A pesar de todos los detalles que ofrece parece que Nyrop en ningún momento se plantea el por qué la *-s* no se contagió también al presente y al imperfecto de Subjuntivo de ningún verbo y al presente, el indefinido y el futuro de los verbos en *-er*.

M.K. Pope también se ocupa de esta *-s* en varios pasajes; así por ejemplo al hablar del alargamiento de las vocales en el francés medio, alude a la *-s* de las primeras personas del singular, que era «... a relatively late and often merely graphical addition»⁸, y en el mismo párrafo menciona la regla que dio la *Académie* en 1694, curiosa regla que olvida, dice Pope, los hechos históricos: «Comme les premières personnes du présent de l'indicatif de tous les verbes sont fort longues, on est obligé d'y mettre un *s* pour faire sentir cette longueur. Ainsi il faut dire *je fais, je dis, je crains*»⁹. Al ocuparse del presente de Indicativo, titula un epígrafe *Analogical extension of ϵ and ζ in the first Person in Later Old and Middle French*, y escribe: «Conjugation III. The first person was flexionless in Old French, the forms which end in *s* or *z* (e.g. *faz, creis, conois, puis*) being ordinarily those in which *s* or *z* was part of the radical. Analogical forms in [ts] and [s] appear in the twelfth century; these were formed at first on the model of *faz*[fats] and ended in *-z* (*guüz*, Rol. 515), but the group of verbs whose first persons ended in *-s* (*puis, creis, conois, finis*, etc.) also served as a model (*Rose I, tiens, viens, atens, sens*, etc.) and when in the thirteenth century [ts] became [s], the use of *-s* forms gained ground, their vogue being increased by the relative isolation of the flexionless forms; in Greban's *Passion* the proportion is still, however, only 1:2 (F.p. 181). The use of *s* and *z* was not at first confined to the third conjugation, cf. *Rose I, ains, acors*, and in Late Middle French *je parles, achettes, confesses* (F. p. 182)»¹⁰.

Unas líneas más abajo leemos: «*Extension of -s to other tenses*. The growing dislike of hiatus increased the vogue of the forms in *-s* and in Middle French it began to be adopted in other tenses also: (i) in the first person of the perfects in *-i* and *-ü* (*senti-s, valu-s, du-s*) where its introduction was facilitated by the forms of the *-s* perfects (*fis, mis, pris*, etc.); (ii) in the first person singular of the imperfect indicative, e.g. *duroi(e)s, sentoi(e)s*; (iii) in *soi(e)s*, the first person of the present subjunctive of *estre*.

In the sixteenth century the extension of first person singular forms in *-s* received a temporary set-back owing to the prejudices of the scholars, who, influenced by Latin, viewed *s* as the flexion proper to the second person only: the paradigms given by Meigret,

⁵ Ibid. p. 126.

⁶ Ibid. pp. 132-133.

⁷ Ibid. p. 120.

⁸ POPE, M. K. *From Latin to modern French*, Manchester, 1966, p. 207.

⁹ Ibid. p. 207.

¹⁰ Ibid. pp. 340-41.

for instance, contain fewer forms in *-s* than those furnished by Palsgrave. By the beginning of the seventeenth century, however, *s* was established in the first person of all perfects in *-i* and *-ü*, and by the middle of the century it was usual in the imperfect indicative and in the form *sois*; in the present indicative hesitation continued throughout the century, but by this time the question had become mainly one of spelling, except when liaison was made»¹¹.

A continuación nos ofrece Pope los testimonios, contradictorios, de Sebillet, Ramus, Tabourot, H. Estienne, Vaugelas. Parece que la razón más frecuentemente defendida por los gramáticos era que la *-s* servía para evitar el hiato cuando la palabra siguiente empezaba por vocal; Sebillet y Vaugelas aluden al hecho de que la presencia de la *-s* en la primera persona del singular la hace idéntica a la 2.^a; por ello, según Sebillet, debe evitarse la *-s*; para Vaugelas evitar esa *-s* sería lo más racional, pero asegura que el uso la mantiene y «el uso no admite réplicas».

A la analogía atribuyen, pues, todos los autores la *-s* de primera persona de singular; así hace F. Brunot¹² que ofrece numerosos testimonios de los gramáticos renacentistas, llenos de contradicciones y de confusas sutilezas y donde el criterio gráfico cuenta a menudo más que el fonético; Brunot recoge también el contagio de la *-s* a la segunda persona del Imperativo singular.

También P. Fouché se ocupa en numerosos pasajes de la *-s* de la 1.^a persona singular contagiada por analogía¹³.

Lo mismo dice A. Ewert¹⁴ en distintos capítulos de su obra. En semejantes términos se expresa Glanville Price¹⁵, que expone con mucha claridad cuáles fueron los focos irradiadores de esa *-s*: las primeras personas del presente de Indicativo de los verbos incoativos como *finiscere* (*finisco*>*fenis*), además de otros como *crescere* (*cresco*>*crois*), *nascere* (*nasco*>*nais*), etc., y las primeras personas de ciertos perfectos latinos como *misi*>*mis*, *presi*>*pris*, *dixi*>*dis*, *conclusi*>*conclus*, etc.

Los historiadores de la Lengua francesa parecen, pues, estar de acuerdo en que esa *-s* de tantas primeras personas de singular fue contagiada por analogía a partir de unos, poquísimos, focos irradiadores. Pero lo curioso es que no parece llamarles la atención el hecho de que no se contagiara a las primeras personas de singular que hoy no acaban en *-s* y que son: las de todos los presentes de subjuntivo (salvo el de *être*) y las de todos los imperfectos de subjuntivo, por una parte; y por otra, las de los presentes de indicativo, las de los perfectos y las de los futuros de los verbos en *-er* (*chante*, *chantai*, *chanterai*, *chantasse*, *dorme*, *dormisse*, *vienne*, *reçusse*, etc.). Parece, no obstante, que, según Pope, sí llegó a haber formas como *je parles*, *confesses*, *achettes*, en francés medio, y Nyrop dice que por una falsa analogía, los poetas suprimían a veces la *-s* etimológica y escribían *je fini*

¹¹ *Ibid.*, p. 341.

¹² BRUNOT, F. *Histoire de la Langue Française*, I, pp. 453-54, II pp. 325-331, Armand Colin, Paris, 1967.

¹³ FOUCHÉ, P. *Morphologie Historique du Français, Le Verbe*, pp. 182-85, pp. 210-11, 251-52, 416-17, 420, Klincksieck, Paris, 1967.

¹⁴ EWERT, A. *The French Language*, pp. 189, 193, 195, 197, 203, 205, 212, Faber and Faber, London, 1969.

¹⁵ PRICE, G. *The French Language: present and past*, pp. 171-75, 192-96, 199, 216, Edward Arnold, London, 1971.

en lugar de *je finis*, igual que escribían unas veces *je di* y otras *je dis* ¹⁶. Los poetas, como es bien sabido, eran esclavos de la rima.

En conjunto, insistimos, se echa de menos el que no parezca extrañar a los distintos historiadores de la lengua el hecho de que esa *-s* no se contagiase a todos los tiempos, o, en todo caso, el por qué se contagió a unos y no a otros. La analogía es un fenómeno que influye más en lo próximo que en lo lejano y así se comprende que en los perfectos en *-i*, por ejemplo, se contagiase fácilmente a partir de formas como *mis, dis, fis*; no parece ya tan fácil que, a partir de formas como *fenis, crois, nais*, se contagiase la *-s* a formas como *dors, crains, viens*, por ejemplo. Y, si en el caso del imperfecto de subjuntivo no se vio contagiada desde el perfecto, ¿por qué el imperfecto de indicativo sí se contagió y, naturalmente, llevó el contagio al condicional?

Por otra parte, no se separa bastante en las descripciones el aspecto fónico del gráfico y en los testimonios de los gramáticos del s. XVI las grafías contaban demasiado a la hora de juzgar hechos lingüísticos.

Aun teniendo en cuenta todos los factores que marcaron profundamente la evolución lingüística del francés por derroteros muy distintos de los seguidos por las otras lenguas románicas, y, en este caso el acusado desgaste de los segmentos postónicos de las formas latinas, no deja de extrañar que un sonido que en todas las lenguas iberorrománicas es un morfema de la 2.^a persona del singular en todos los tiempos verbales (salvo el perfecto), capaz de oponerla a la 1.^a y a la 3.^a, se contagiase en francés a la 1.^a persona. También es cierto que la presencia de los pronombres átonos sujeto en el francés moderno hace mucho menos extraño al oído y al ojo el que dos personas del singular, la 1.^a y la 2.^a, sean idénticas en la mayor parte de los tiempos verbales. Pero, con todo, habría que rastrear con más detalle en el francés medieval a fin de obtener más datos fonéticos y cronológicos sobre esos contagios analógicos.

En el aspecto fonético cabe pensar que la brecha por donde pudo reforzarse el contagio se hallaría en el ambiguo papel que desempeñaba la *-s* en la categoría nominal, donde podía ser morfema de caso (*li murs* frente a *le mur*) o de número (*les murs* frente a *le mur*). Esta situación, que se prolongó durante largo tiempo en el curso del francés antiguo, podía repercutir fácilmente en la situación de las personas verbales: si en las lenguas iberorrománicas la oposición entre la 1.^a y la 2.^a persona del singular se apoyaba en la presencia de *-s* en la segunda persona, (es decir, la persona «tú» frente a su ausencia en la persona «yo»), en una lengua donde todos los sujetos en singular, más los adjetivos y participios pasados correspondientes (atributos y predicados nominales en singular) terminaban en [s] o en [ts], podía sin duda resultar menos chocante al oído la presencia de una *-s* en la persona «yo». En las lenguas iberorrománicas resultarían inconcebibles formas como *yo duermos, yo temos, yo digos, yo salgos, yo voys, yo ibas, yo dijés, yo irías, yo fueses*, etc. Esta repugnancia intrínseca no pasó desapercibida a algunos gramáticos clásicos, pero en realidad la sentían sólo a través de las grafías y a través del aspecto etimológico; Sebillet, por ejemplo, escribe: «Tu'te dois garder de mettre *s* aux premieres personnes singulieres des verbes... et la raison t'enseigne que tu le dois observer ainsi, à cause que *s* est note de seconde personne aux Grecs et aux Latins: et doit estre à nous, qui tenons d'eux la pluspart du bien que nous auons» ¹⁷.

¹⁶ NYROP, Kr. II, op. cit. p. 94.

¹⁷ POPE, M. K. op. cit., p. 341.

Sin embargo, Ramus y Tabourot dicen que hay que usar la *-s* para evitar el encuentro malsonante de vocales: gracias a esa *-s* es más dulce el verso, dicen, y resulta agradable al oído ¹⁸. Vaugelas dice que aunque la distinción entre la 1.^a y la 2.^a persona es racional, evitaría además el posible equívoco y haría más rica y bella a la lengua, no hay manera de ir contra el uso ¹⁹. Y así la *Académie* terminaría por sancionar el empleo de esa *-s*. Cabe insistir, por nuestra parte, en que si tan cacofónico resultaba al oído el que a la vocal final de una 1.^a persona de singular siguiese la vocal inicial de la palabra siguiente, ¿por qué no alcanzó esa *-s* a las formas verbales que hoy no la llevan? Por otra parte, hay que admitir que las formas con *-s*, cualquiera que fuese la persona, tenderían a oírse sin ella cuando les seguía una consonante, con arreglo al rasgo más común entre las consonantes finales de palabra en el francés moderno, consonantes que no se oyen más que en las llamadas formas de *liaison*; y sabido es también que en los registros más coloquiales del francés hay tendencia a evitar el uso de tales formas.

Fonéticamente, frente a la asombrosa abundancia de *-s* final en las lenguas iberorrománicas, el francés ofrece una situación muy distinta, si bien, en la lengua escrita, presenta características parecidas y sazoadas, además, con la presencia de la variante *x* (y también *-z* en las segundas personas del plural), una grafía que conserva, más que ninguna otra, su carácter original de llamativo ornamento, como bien prueba el extendido uso que de ella hace la publicidad en todas las lenguas.

¹⁸ *Ibid.* pp. 341-42.

¹⁹ *Ibid.* p. 342.